

La observación como estética

La letra, el número y la cosa. Ensayos al filo de la navaja

JULIO CÉSAR LONDOÑO

Planeta, Bogotá, 2023, 311 pp.

EN “CHANFLE y ensayo”, uno de los textos reunidos en este volumen, Julio César Londoño nos advierte que no hay fórmula retórica más gastada que la de acomodar, en las primeras líneas de un texto cualquiera que se ocupe del ensayo, una reflexión sobre la naturaleza o la genealogía de este género literario. Aun así, todos hemos incurrido en esta falta, trillando el camino que empieza con la inevitable alusión a Montaigne, el noble francés que un día se evadió del mundo para alumbrar una nueva forma de escritura, y termina con algún apunte recurrente de Chesterton o Lukács que celebra el aspecto inasible de este género a medio camino entre el destello y la hondura.

La advertencia de Londoño es tanto más aguda si se considera que al hablar de otros géneros literarios –la novela o el cuento, por ejemplo– es menos frecuente gastar un preámbulo para dilucidar su naturaleza, pues se suele dar por entendido qué son, aun cuando bastaría con mirarlos de cerca para advertir que los contornos de sus definiciones no son tan nítidos como parecen. Sobre el ensayo, en cambio, gravita la sospecha de tener una identidad de segunda categoría. Su situación es como la de un extranjero que se acerca a las oficinas de migración para repetir una y otra vez lo mismo, su nombre, su origen, su procedencia, señas de identidad que no van a llenar ningún requisito nuevo ni a proporcionar una información desconocida, pero que se exigen para recordarle que sobre él nunca dejará de pesar la obligación de presentarse.

Es lo que sucede cuando agrupamos, para hablar del ensayo, una serie de generalidades que no dicen nada nuevo sobre el género, que son meros formalismos de presentación. Para evitar esto, conviene atender el precepto implícito en las palabras de Londoño y, en lugar de enunciados generales, de preámbulos fáciles e introducciones previsibles, abocarse sin más al aspecto concreto de los ensayos

reunidos bajo el título *La letra, el número y la cosa*.

Lo primero, claro, como ya lo sabemos los lectores de Londoño, es el generoso guiño de compadrazgo con el que su prosa nos devuelve la certidumbre de que la curiosidad no ha claudicado en nosotros. Si nos creíamos ahuyentados para siempre de la ciencia, si la gramática nos había embromado hasta la extenuación, si estábamos convencidos de que sobre la filosofía griega o sobre el genio alado de García Márquez no podía decirse nada nuevo, Londoño nos reafirma en lo contrario. Nos demuestra, con el doble encanto del humor y la soltura estilística, que no hay temas agotados, sino miradas vencidas por la costumbre.

A pesar de que en este libro los temas científicos y filosóficos tengan un lugar tan predominante, en la escritura de Londoño no deja de prevalecer lo sensible sobre lo abstracto. El trato íntimo y constante con los rigores de la observación ha ejercitado a este ensayista en el arte elusivo de dar con la imagen exacta, y se nota, a cada paso, su pulso provechoso contra el acartonamiento de la lengua escrita, contra la tendencia de las palabras a caer en el espejismo tautológico de referirse unas a otras, en descuido de su función primigenia de apresar las realidades del mundo.

Esta técnica plástica, este gusto por lo sensorial, se aprecia bien en las líneas introductorias del ensayo dedicado a Platón. Allí, en lugar de presentarnos al griego bajo el ropaje genérico de padre de la filosofía occidental, Londoño nos abre los ojos a un aspecto más concreto y rumoroso, al modo casi místico en que el filósofo oficiaba el rito cotidiano de vestirse, revelándonos la cuidada alternancia con la que nunca osó juntar el lino y el algodón en la escogencia de sus vestimentas. De esta manera, el autor nos hace asistir al momento privado y memorable en que Platón, antes que un filósofo, es un hombre que se viste.

Y es en este recurso, en el uso inteligente de conducir los ojos del lector fuera del dominio de las formulaciones abstractas, hacia el dominio de una materialidad más inmediata –el traje, el color, el cuerpo–, donde reside uno de los encantos del espíritu indagador

de Londoño. A veces es una comparación inesperada, como una cuenta disímil en un collar: “El color envejece, como las rosas y los imperios” (p. 162); a veces, un erotismo lindante con lo mórbido, delictualmente preciso: “[...] vi los encajes de sus calzones estrujados por los dedos apremiantes de un oscuro estibador” (p. 27); a veces, incluso, una paradoja que se desliza para poner en entredicho la existencia misma de las cualidades sensibles del mundo: “El mundo es plano, silencioso, inodoro, carece de color, de texturas y de sabor. No hay sensaciones allá afuera. Todo sucede en el cerebro de un animal [...]” (p. 171).

Londoño une a las virtudes del buen observador las de buen crítico. Pero, para evitar ambigüedades en torno a esta palabra, el tipo de crítica que ejerce no es un despliegue altisonante de suficiencia o pedantería, sino un elocuente testimonio de cómo la curiosidad que Aristóteles juzgaba propia de todo ser humano se aúna a esa mirada de asombro de la que hablaba Borges en uno de sus poemas. Porque la buena crítica es eso, disposición a dejarse asombrar, a la vez que franqueza para decir si el asombro se produjo, se quedó a medio hacer o, definitivamente, falló su rumbo. Sin perder de vista que, en cualquier caso, la buena crítica es una experiencia estética autónoma, un uso creativo y creador del idioma que existe con independencia de la obra o del tema que la haya suscitado.

Si cuando leemos un texto de Paul Valéry sobre Descartes o uno de Alfonso Reyes sobre Góngora, más que información sobre el filósofo francés o datos sobre el poeta español, lo que buscamos es la forma particular en que la voz de Valéry desarrolla una indagación estilística en torno a un tópico cartesiano, o la cadencia en que Reyes dilata sus giros castellanos alrededor de tal o cual rasgo gongorino, así también cuando leemos a Londoño hablando de Mutis, Kepler o Pitágoras: más que un resumen de las aventuras de Maqroll, una explicación de las órbitas o un repaso a la geometría de las hipotenusas, lo que disfrutamos es cómo Londoño coge estos puntos de partida y crea con ellos una partitura propia, disfrutable en sí misma, sin importar que conozcamos o no los temas o personajes que la inspiraron.

ENSAYO		RESEÑAS
<p>Claro, esa música tan profundamente personal y caprichosa que es la escritura ensayística implica siempre cometer algunas temeridades, arriesgar un juicio crítico que no acaba de soportarse en la evidencia o forzar un chiste allí donde el humor deslucce por inoportuno, pero estos son asuntos menores frente a una manifestación más vasta de la personalidad literaria de Londoño: la generosidad, tan difícil y escasa, de un escritor hacia sus colegas contemporáneos. Muestra de ello son los textos “Caballero en mi taller” y “El magisterio de William Ospina”, donde, con sobrada razón, el autor ubica a estos dos escritores en el punto más alto del panteón literario de la prosa colombiana.</p> <p>Si, como acostumbran decir los escritores de ficción, las historias y los personajes se les imponen con una fatalidad imperiosa, que poco tiene que ver con los resortes de la voluntad, también a los ensayistas los temas parecen tomarlos por asalto. Para Julio César Londoño fue el topetón casual, en un quiosco de su infancia, con una revista científica que contenía la ilustración de un escarabajo. A pesar de que le fascinó el dibujo, no pudo comprar la revista, pues era “carísima para el niño de una viuda que apenas había podido regalarme dos cosas, los números y las letras”. A ese regalo en reverso, a ese descubrimiento por privación, le debemos la feliz circunstancia de tener un ensayista que entendió que “el arte y la ciencia podían superponerse” (p. 11), una manera algo fría de describir el encanto con el que Londoño nos invita a recorrer esos ámbitos donde la precisión se encuentra con la alquimia.</p> <p style="text-align: center;">Jerónimo Uribe Correa</p>		